
De tripas cerebro



Antes de la tripa las cosas no eran buenas. Luego de ella todo cambió. No es que después fueran buenas, pero sí diferentes. Nada permaneció igual y ya nada se puede explicar del mismo modo. La historia de esta cosa, de esta entidad que todos conocen pero nadie conoce, es una historia que, si se desea, puede ser muy larga. O muy corta. Puede contarse diciendo: Llegó la tripa y ya nada fue igual...

Eduardo J, Carletti, cuento: La tripa de Dios.

En esta sección nos ocupamos de la contribución del cuerpo a la vida consciente. El cerebro no podría funcionar sin retroalimentación interna, sin los mensajes del cuerpo. El cerebro es un lector del estado corporal. Algo que sí tienen los animales pero que no posee un ordenador: la propiocepción, o percepción del propio cuerpo, del propio movimiento y esfuerzo, así como la interocepción o percepción interna, visceral.

Creemos que no puede existir una mente en el vacío. Un marionetista (la mente) sin marioneta (el cuerpo). Más aún, la marioneta fue primero. La versión moderna de la metáfora griega del auriga y los caballos sobre la mente y su control del cuerpo, podría ser la del conductor (mente) y el coche (cuerpo). Con esta metáfora, parece que cuerpo y mente son entidades complementarias pero separables. Nosotros pensamos que el cuerpo, que es la pieza que nos interesa para empezar, contiene al cerebro tanto como el cerebro al cuerpo, sin que sean la misma cosa. Esto es, hay cerebros en el cuerpo y hay cuerpos en el cerebro. En esta sección aprenderemos que hay un cerebro en la tripa por ejemplo, también que es el homúnculo de Penfield (el mapa cerebral que representa el cuerpo) y nos preguntaremos si puede existir un cerebro incomunicado del cuerpo, esto es, estando el cuerpo sin movimiento y el cerebro con el hipotálamo destruido, siendo esta última estructura cerebral una especie de lector cerebral del estado corporal. Nosotros vamos a presentar aquí el papel imprescindible del cuerpo, su movimiento y la conducta en la aparición de la mente. Sin acción no habría mente. Los ordenadores según esto no tienen mente. Está claro que no poseen emociones o que no son el resultado de la evolución de la lavadora. La mente humana comparte con los otros animales las emociones básicas, que no pueden entenderse sino en el contexto de la lucha por la vida. La mente humana de propósito general deriva de la acumulación redundante de pequeños mecanismos cerebrales de propósito específico, sobre todo de sistemas de alerta, esto es, de despertadores, a través de millones de años. Sólo la liberación de estos sistemas para la monitorización de otras funciones y

las reacciones de huida, lucha, risa y llanto permitieron el surgimiento de una mente compleja. La idea científica que mejor expresa esta dependencia de la vida mental respecto del cuerpo son las cosquillas y las neuronas espejo que explicamos en el momento correspondiente. Sin embargo, el filósofo Dennett nos hace caer en la cuenta de que estamos más dispuestos a transplantes de cuerpo y cara que de cerebros. Identificamos más el yo con el cerebro que con el cuerpo. Estamos también más dispuestos a admitir la herencia de rasgos físicos que de rasgos psíquicos. Además, tenemos fuertemente arraigada la idea de que la inteligencia es una cantidad fija con la que nacemos; y creemos que este rasgo biológico es el que nos diferencia cualitativamente de los animales. Esto es, la contradictoria manera cotidiana de pensar sobre el cuerpo y la mente en Occidente es dualista: El empujón y el deportista. El científico y el militar. El observador y el actor. La mente sana en cuerpo sano. En estas páginas mostramos al menos que no pueden funcionar por separado. Sin cuerpo no hay mente. Sin emociones no hay inteligencia. Sin conducta no hay pensamiento.

Empezamos por un capítulo dedicado a la inteligencia, que debería titularse, sino hacemos concesiones al buen gusto: ¿Quién la tiene más grande? Pues parece que a la ciencia sólo le importa el aspecto cuantitativo de la inteligencia, con la simple finalidad de ordenar a los seres vivos, desde la ameba a Dios, pasando por las tortugas, el aldeano y el profesor, las razas, los sexos y las máquinas. ¿Quién es más listo? ¿Es este el fundamento del orden social?

Parece una contradicción comenzar una sección dedicada al papel del cuerpo en la conciencia con el estudio de la inteligencia, considerada una entidad abstracta, signo de los seres superiores. Sin embargo, desde el principio la inteligencia fue considerada también un rasgo biológico, el Genio Hereditario, llamó Sir Francis Galton, primo de Darwin, a su obra pionera sobre la inteligencia. Además la consideraba una función corporal, sensoriomotora. Montó tenderetes en ferias, a los que llamó laboratorio antropométrico, para

medir la fuerza y la agudeza sensorial de familias enteras, con la finalidad de confirmar dos cosas: Que la inteligencia se relaciona con el tiempo de reacción y que es hereditaria.

Por otra parte, es necesario precisar que este libro trata sobre la conciencia y no sobre la inteligencia, pero el primero es un concepto más familiar, y hasta cierto punto se consideran en el lenguaje cotidiano intercambiables. Ambos conceptos se parecen en que nadie tiene muy claro cómo definirlos ni qué representan, si están dentro o fuera del cerebro. Sobre las máquinas y los otros animales nos preguntamos la misma cuestión: ¿Poseen inteligencia? ¿Tienen conciencia? ¿Son seres mentales? Lo curioso es que no tenemos respuestas claras. Esto es un buen indicio de que no sabemos que es la inteligencia ni la conciencia. Son conceptos amplios, de significado impreciso, que la ciencia ha pretendido medir y localizar sin tener muy claro qué son ni tan solo quién o qué los poseen. ¿Son la inteligencia y la conciencia específicamente humanos? ¿Si son funciones corporales, las poseen los animales pero no los robots?

En los restantes capítulos de esta sección inicial también nos ocupamos de la evolución filogenética de la mente: de los tipos de mente que existen, de los avances y vueltas entre la inteligencia general y las inteligencias específicas a través de los océanos de tiempo, para concluir que una marca de la conciencia es la implicación de todo el cerebro en una actividad de la que originalmente se ocupaba un circuito especializado. Lo que hace que comer, beber, soñar y amar no sean exactamente alimentarse, saciar la sed, dormir y tener sexo.

En el quinto capítulo nos ocupamos de la emoción y su relación con la conciencia. Nos cuestionamos la racionalidad del ser humano. Nos ocupamos del repertorio emocional básico compartido con los otros animales. Identificamos provisionalmente la emoción con la conducta no verbal, y consideramos el contagio emocional y la imitación como los requisitos para que pueda surgir una teoría de la mente.

En el capítulo final de esta sección establecemos puentes entre el cuerpo y el cerebro, a través del hipotálamo y la motivación fundamentalmente, pero no sólo. Ilustramos el papel del esfuerzo en la recompensa cerebral asociada al hambre o el deseo sexual... Mostramos la función de la retroalimentación interna para establecer que una meta ha sido cumplida, a través de casos extremos como la anorexia y la anorexia sexual. En caso del incumplimiento de metas veremos la incapacidad humana para suprimir el pensamiento y producir limpieza o vacío de conciencia, esto es, para eliminar la preocupación.

Planteamos también la hipótesis de la retroalimentación negativa en el cambio de intenciones, o hipótesis de «la metedura de pata», que establece que de un estado mental a otro sólo se puede transitar a través de una acción errónea. Dicho de un modo más interesante, respondemos a la pregunta: ¿A dónde van los besos que no damos?

